

suyo, y todos rezaban en voz alta, y con las lágrimas en los ojos.

Llegaron, por fin, los labradores al sitio donde suponían que debían hallarse Pedro y su mujer, y la lívida cabeza de éste volvió á flotar á flor de las aguas: uno de ellos le asió con un esfuerzo supremo, y el otro buscó en torno suyo el cuerpo de Marta.

Nada halló, más que el agua y el vacío.

Volvió á repetir sus pesquisas, tan infructuosas como ántes.

Entónces ayudó á su compañero á trasportar á la orilla el cuerpo muerto de Pedro.

Sólo el que haya contemplado la rápida corriente del Jalon puede comprender lo árduo y peligroso de semejante empresa.

Tan lentamente avanzaban, que otros labradores se preparaban á arrojarse al agua, cuando los vieron adelantarse con una rapidez impensada y bien pronto llegar á la orilla.

Sólo traían el cuerpo de Pedro.

La pobre Marta quedaba en el fondo del rio.

Pedro se asemejaba á un cadáver: se le depositó sobre la hierba, y un jóven labrador se obligó á ir á pié y corriendo hasta la aldea cercana para buscar al médico.

Habia allí algunos árboles cortados: con las varas más delgadas y el manteo del señor cura se improvisó una cama portátil, en la cual fué conducido Pedro hasta la casa de su padre Juan María.

Sólo estaba en ella el niño agonizante, cuidado por algunas buenas vecinas: porque la pobre Joaquina habia

corrido desolada á la casa en que habian depositado el cadáver de su hijo menor, en la que se hallaba tambien su marido.

XI.

HIJA POR HIJA.

Apénas habia trascurrido un mes, cuando todo habia recobrado su acostumbrado y tranquilo aspecto en Cabañas.

El cadáver de Marta fué arrojado por las aguas del rio, dos dias despues de su muerte, y sepultado, no sin recibir ántes el bendito rocío de las lágrimas de Juan María y de Joaquina.

El cuerpo de Mariano fué igualmente enterrado.

El idiota, misterioso vengador de los agravios que habia recibido la honra de aquella virtuosa familia, y terrible instrumento de la justicia de Dios, fué encerrado en una casa de dementes de la capital de la provincia por disposicion judicial, pues aquella especie de bestia feroz y salvaje podia ser un azote para toda la comarca, y un criminal impune siempre.

Su desconsolado padre salió de la aldea para ir á buscar á quien servir dentro de la ciudad, donde estaba aquel hijo tan querido por su sencillo y amante corazon, como si hubiera sido el prototipo de todas las bellezas

físicas y morales que puede reunir la raza humana. Dios, que recompensa todo buen sentimiento, le deparó extramuros un rico y humano labrador, que le fió, mediante un buen salario, el cuidado de sus caballerías.

Juan María y su mujer vestían de luto: no había en sus personas otra claridad que la que despedían sus blancos cabellos y la venerable serenidad de sus frentes.

Adoraban á sus hijos, y la muerte del menor fué para ellos un golpe cruel, sobre todo para su madre, que ignoró toda su vida hasta qué punto había sido culpable.

La honra de Marta quedó también limpia de toda mancha: la misma Joaquina creyó siempre que se había arrojado al río en un rapto de locura, producida por el derrame de la leche en la cabeza: Juan María y su hijo Pedro guardaron, hasta para la anciana, aquel formidable secreto de la culpa de dos muertos, que Dios había ya juzgado.

Pedro, al abrirse de nuevo la acción de esta historia, esto es, un mes despues de haber perecido tan desgraciadamente su mujer, se hallaba convaleciente de una penosa enfermedad, contraída en las aguas del río, que le habían dejado como recuerdo unos penosos dolores nerviosos.

Otras dos personas había tristes, si bien no vivían en la misma casa de Juan María: eran Lorenzo y su hija; pero la melancolía de Susana era muy diferente de la de su padre.

La pobre niña, al saber la muerte de su prometido, fué sobrecogida de un dolor en el que había mucha parte de espanto: no le amaba con esa pasión única y

profunda que hace tan grandes estragos, y que no permite pensar siquiera en sobrevivir á la persona amada: á esto se oponían su tierna edad, y además el carácter versátil y ligero de su novio; pero le había querido con todo el entusiasmo del primer amor, que es el más lleno de ilusiones, si no el más profundo.

La tristeza de Lorenzo era sombría y casi feroz: en vano había buscado en la soledad de la tranquila aldea, donde había nacido, la paz del alma: su alma necesitaba las tempestades, y cerrada al amor, al que para siempre había renunciado, se volvía á la ambición, como se vuelve el ciego á la luz.

Allí se ahogaba, se consumía en una impaciencia continua y febril, á la que añadía más amargura la incertidumbre en que había vuelto á quedar con respecto á la suerte de su hija.

Desde la muerte de su futuro yerno había podido leer en su corazón con más claridad que ántes.

Había visto que nada había allí que le ligase ó le hiciese llevadera la existencia: el mismo dolor de su hija le era casi indiferente: el dolor de Susana no podía ser comprendido ni consolado por su padre: aquel dolor era inocente, como había sido su amor.

Desde que pudo salir, la pobre niña buscó la compañía y los consuelos de la madre del señor cura, anciana venerable é ilustrada, al mismo tiempo que tierna y sencilla; además, Susana sentía un melancólico placer en pasar algunos ratos en casa de Juan María, y se apegó á los dos ancianos con el cariño más tierno y más profundo.

Joaquina la quería, por su parte, como á su hija: la

muerte habia arrancado del lado de aquella generosa mujer á las dos jóvenes que alegraban los postreros años de su vida.

Sólo quedaba ya Susana al lado de Joaquina; y ésta amaba á la joven como si realmente fuese la viuda de su hijo, de aquel hijo que tanto lloraba.

En medio de todas aquellas nubes de dolor se destacaba una luz de pura y dulce claridad: el hijo de Pedro y de Marta habia salido del dominio de la muerte, y volvía á la vida sonriendo, y más lindo y alegre que jamas habia estado.

Hé aquí de qué modo se habia operado este milagro, como lo llamaba la sencilla fe de su abuela.

Cuando se supo la doble desgracia de estar Marta muy enferma y de la muerte de Mariano, se recordará que algunas aldeanas acudieron á casa de Juan María para prestar á éste y á su familia sus auxilios y consuelos: Joaquina, al saber que su hijo estaba herido por el idiota, y que habia sido conducido á casa de otro rico labrador del pueblo, salió de su casa medio loca de dolor, y se olvidó de su nieto moribundo, que estaba inmóvil en la cuna.

Algunas de las buenas labradoras se hallaban criando: una de ellas, robusta y fresca muchacha, al ver al niño pálido y desfallecido le tomó entre sus brazos y le acercó á su pecho.

El niño tragó algunas gotas de aquella leche pura y saludable, y á los pocos minutos pareció reanimarse, volvió á dársele alimento, y la caritativa madre siguió así por espacio de algunos dias.

El pequeño enfermo revivió con el cambio de leche; su madre era demasiado endeble para criarle robusto; además, en los últimos dias le habia dado un alimento tan alterado y nocivo, que la criatura llegó á la última extremidad.

Vamos ahora, lector mio, á ver el tranquilo y delicioso cuadro que presentaba la familia de Juan María, acompañada de algunos de sus amigos, y sentada á la puerta de su casa, en la tarde de un domingo.

Acababa Mayo y serian como las cinco: el sol doraba las copas de los árboles, y enviaba hermosos reflejos sobre las figuras venerables de Juan María y de su mujer, que se hallaban completamente de luto.

Al lado de Joaquina se hallaba sentada Susana: era una criatura encantadora, cuya suave belleza estaba aún realzada por su vestido de indiana oscura y su pañuelo negro: su padre no habia querido que vistiese luto completo, pero ella no llevaba más que telas sombrías, y al salir de su casa cambiaba su pañuelo de colores vivos por otro negro.

Era esto un homenaje que rendía su delicado instinto á la memoria de Mariano y al dolor de su familia.

Sobre las rodillas de Susana reía, gorjeaba el pequeño Juanito, que contaría cuatro ó cinco meses de edad: la criatura llevaba tambien luto, y estaba redonda y encarnada como una manzana.

Al lado de Susana habia un saquito de lienzo, medido de algo que no se sabía lo que era, y más allá, los restos de algunas rosas deshojadas.

Pedro, sentado enfrente de la joven y del niño, los

miraba con inefable placer: la rubia Susana parecía una virgen de Guido Reni, y aunque el sencillo labrador no entendía una palabra de pinturas, ni de artistas, su alma, entusiasta por todo lo bello, podía apreciar la hermosura de la jóven.

La madre del señor cura, sentada al lado de Juan María, miraba al niño; y, por último, cuatro ó cinco vecinas, con sus maridos, completaban el cuadro: pocos pasos más léjos jugaban algunos muchachos, hijos de los labradores allí presentes.

—¿Qué tal van esos ánimos, Pedro?—preguntó uno de los aldeanos al viudo.

—Mejor—respondió éste;—dentro de un par de días voy á ir á trabajar.

—Eso será lo que tase un sastre—saltó Joaquina;—ni tampoco dentro de un par de semanas, irá Anton.

—Pero, madre, ¡si todo está descuidado! Yo no sé cómo hallaré nuestros campos.

—¡Estén como quieran, lo primero eres tú!

—¡Y para los que quedamos, de sobra hay!—añadió Juan María, á cuyos ojos asomó una lágrima.

—Hablando, hablando, nadie se acuerda de mirar al niño—dijo Susana;—¡hoy está más alegre!

—Es cierto—dijo Pedro;—gracias á tí, que le estás divirtiendo, Susana.

—Tómale ahora—dijo la muchacha, que trataba á toda la familia de Juan María como si fuera suya;—tenlo un poco, que voy á acabar de meter esas hojas en mi almohadita.

—¿Signes haciéndola?

—Mira cómo está ya.

Y Susana tomó el saquito que estaba á su lado, le abrió, y al instante se esparció un delicioso perfume.

Pedro tomó al niño: Susana abrió el saquito y tomó de su fondo algunas rosas aún frescas y hermosas, que se puso en la falda, y empezó á deshojar.

—Éstas—dijo—son del jardín de casa: no pienses que he ido á cortarlas de la avenida de los sauces.

—Ya.... ¿qué importa?—murmuró Pedro dolorosamente y doblando la cabeza sobre el pecho.

—Hijo, ¿volvemos á las andadas?—exclamó Juan María:—¡mejores rosas tendrá la pobrecita en el cielo!

Aquellas palabras eran tan generosas en la boca del anciano, que sabía aquella negra historia de deshonor y de lágrimas, que Pedro clavó en su padre una mirada de inefable gratitud.

—Sí—prosignió Juan María—digo que estará en el cielo, porque el señor cura me lo ha asegurado así: no ha sido ella quien se ha dado la muerte, sino su enfermedad, que le trastornó la razón; por lo tanto, ha sido una mártir, y Dios nuestro Señor la tendrá en su santa gloria.

—No te figures, Pedro, que tus rosas se hayan muerto, ó que crecen sin cuidarlas—dijo la madre del señor cura;—cuando vayas á la avenida de los sauces te las encontrarás hermosas y frescas.

—¿Quién ha cuidado de ellas?—preguntó el viudo.

—Susana.

—¡Ah! es muy buena esta pobre muchacha—dijo

Pedro enternecido — y le agradezco que haya mirado por aquellas pobres flores.

— También las azucenas siguen muy hermosas — dijo la jóven con la mirada alegre y con expresion radiante y satisfecha; — pero no hay que agradecerme á mí que las haya cuidado.

— ¿Que no?

— No por cierto: ¡mi padre está tan triste, que en casa me aburro! Las cuidé por divertirme y lo mismo al niño..... y como vi que Pedro no estaba para acabar de rellenar la almohadita, y el médico sigue encargando que duerma sobre hierbas olorosas, dije yo: Le haré otra almohadita, por mi cuenta, de las del huerto de mi casa.

— ¿Y el señor cura? — preguntó Juan María.

— Está en casa de Susana — respondió la madre del vicario; — Lorenzo le envió á buscar, diciendo que deseaba hablar con él..... Allí viene..... ¡Dios mio!..... ¡pero qué alterado parece!

En efecto, el digno vicario se acercaba á paso lento, y en su semblante se pintaba una viva agitacion. Cuando llegó al corrillo que formaban la familia y los vecinos de Juan María, se dejó caer en la silla que le presentaron.

— ¿Qué hay, hijo mio? — le preguntó alarmada su madre.

— Hay, madre mia — respondió el vicario — una cosa muy triste. ¡Lorenzo se va!

— ¿Se va? ¡pues Dios le acompañe! — respondió la anciana; — ¿y eso te apesadumbra?

— ¡Es que va á marchar por muy mal camino, y no

es á Dios seguramente á quien hallará en él! Además, ¡se lleva á su hija!

— ¿Á Susana? — exclamaron todos los presentes, volviéndose á mirar á la jóven, que oía al sacerdote con las manos cruzadas y el semblante pálido de terror.

— Sí, á Susana.

— ¡Pero eso no puede ser, y no será! — dijo Joaquina; — que se vaya él y que deje aquí á la niña! ¡Ella nos quiere, y nosotros á ella!

— Si á lo ménos — prosiguió el señor cura — ese hombre pensára en hacer una vida arreglada..... pero ¡es horrible lo que me ha dicho!..... ¡No, no! Susana no puede seguir á su padre á pesar del feroz empeño de éste; porque habeis de saber que en vano he intentado persuadirle de que debía volverla al convento de las Salesas, donde se ha educado..... No quiere sino que esta criatura siga su azarosa suerte.

— Voy á verle ahora mismo — dijo Joaquina — y á decirle que la deje conmigo: creo que le podré vencer.

— Y yo te acompañaré — añadió la madre del señor cura, levantándose tambien.

Las dos ancianas se alejaron con Susana, que quiso seguirlas: temía á su padre á causa de su carácter fatídico y sombrío; pero lo amaba sinceramente.

Todas las personas, agrupadas á la puerta de la casa de Juan María, esperaron hablando y con cierta ansiedad la solucion de aquel asunto.

— ¿Y qué es lo que va á hacer ese hombre, señor cura? — preguntó uno de los labriegos.

— No seré yo quien lo revele — respondió el digno vicario; — pero sí puedo decir que necesita de la misericordia de Dios.

— Siempre dije yo — repuso otro — que Lorenzo, ni valia para el trabajo, ni para vivir en nuestro lugar: sacó la cabeza tan llena de *fantesía* como su madre.

— ¡Y su padre, el pobre Bruno, tan humilde y tan bueno! ¡aquél sí que era una alma de Dios!

— Si la chica se hubiera casado aquí, él se hubiera marchado tambien; pero ahora no quiere aguardar á que halle otro novio y á dejarla colocada, y se la lleva.

— No, pues no hubiera tardado mucho en casarse — dijo una de las mujeres; — que es buena, humilde y hacendosa.

— Y ademas linda como las flores.

— Y sobre esto, rica: conque bien se deja conocer que no le faltarian novios.

— Si yo tuviera otro hijo — observó Juan María — estaria contento de que se casara con ella.

— ¿Quién sabe si Pedro algun día?.....

El vindo sacudió la cabeza con melancolía, y alzó al niño, que se habia dormido sobre sus rodillas.

— Pues, hijo, otra más dócil ni más buena para el niño no has de hallarla — dijo uno de los labradores.

— ¡Ah! ya vienen aquí la señora Plácida y la señora Joaquina.

En efecto, las dos ancianas llegaban con el semblante alegre.

— Ya es nuestra Susana — dijo Joaquina.

— Y á la verdad, no nos ha costado mucho trabajo — añadió la madre del señor cura: — cuando nos vió Lorenzo atravesar su cuarto, donde estaba sentado muy pensativo, nos dijo:

» — Casi adivino á lo que vienen VV.

» — Venimos — dije yo — á pedirte la chica, Lorenzo: con nosotras está segura y cuidada..... ¿para qué te la quieres llevar? Todos la queremos como á las niñas de nuestros ojos, y sentirémos con el alma que la saques de entre nosotros.

» — Yo — dijo Joaquina — habia ya consentido en llamarla mi hija..... su vista me consuela de haber perdido á mi Mariano..... ademas, no tengo compañía, ¡y ella me la hace tan buena! Toda la casa se alegra cuando ella llega..... el niño la quiere que la adora..... el día parece más hermoso cuando ella abre las ventanas..... saca todo lo que hace falta de la despensa, cuida de las flores, da de comer á los pollos, y le canta al niño los villancicos que le enseñaban las señoras religiosas..... ¡Vamos, Lorenzo, déjanosla!..... Al mirarla..... se nos figura que vemos á Celeste!.....

» — Al oír estas palabras — prosiguió diciendo la madre del señor cura — Lorenzo se estremeció..... y su cara, adusta y feroz, cambió de expresion: conoció que se le pedia á Susana para que ocupára el lugar de aquella santa criatura que él mató..... de pena..... y dijo con voz que temblaba:

» — Señora Joaquina, nada puedo negar á V.: conozco que en mí se revuelve otra vez algo malo..... pero usted y el señor Juan María pueden disponer de mi vida y de

cuanto tengo : lo que más estimo en el mundo es mi hija..... pero la quieren..... ¡suya es !.....

»Al decir estas palabras, una lágrima como una ave-llana saltó de los ojos de Lorenzo y rodó por sus mejillas descarnadas y descoloridas.

»Nosotras, sentidas de haberle afligido, callábamos, y yo miraba á la huerta, en la que habia quedado Susana: Lorenzo prosiguió diciendo así:

»— Sólo les pido que me la dejen dos ó tres dias más..... hasta que me marche de aquí..... Hoy es domingo..... el juéves, por la mañana muy temprano, me iré sin despertar á mi hija..... á las siete se levanta, y se hallará sola en la casa..... vengan VV. á llevársela y á consolarla, porque yo creo que, á pesar de todo, ella me quiere !.....

»Lorenzo volvió á llorar, y nosotras tambien, pero á lágrima viva..... ¡Pobre Lorenzo !..... al fin le hemos conocido de muchacho..... y á no ser por aquella *pezolaga* de mujer que vino á sorberle el seso..... en fin, nos despedimos y estamos acá: el juéves por la mañanita irá Joaquina á buscar á la pobre Susana, á la que no hemos librado de mala, porque su padre tiene una cara que no promete nada bueno.»

Acabada aquí la narracion de la anciana, el señor cura se levantó haciendo la señal de despedida.

Era ya casi la hora de cenar, y cada uno se fué á su casa, prometiendo volver á reunirse despues, en casa del señor cura unos, y otros en la misma casa de Juan María.

Pedro dejó el niño en la cuna : apénas acababa de

acostarlo, oyó en la escalera un paso rápido y ligero, Susana entró en el aposento.

— ¿Qué hay, Pedro? — preguntó.

— Todo se arreglará — respondió el viudo : — cuando se vaya tu padre, te quedarás con nosotros.

— ¡Ay, Dios mio ! ¿será verdad?

— Así se lo ha ofrecido á mi madre.

— Pues, adios, que está el pobrecito solo y voy á darle la cena. ¡Ah ! ¿y mi saquito?

— Aquí está — dijo Pedro, dándole el en que iba echando las hojas de rosa, y que se habia quedado olvidado.

— Venga.

— ¿No me lo dejas?

— No ; ¡que me quitarás rosas para tu almohada! Cada uno llene la suya y verémos cuál acaba ántes: ¿dónde está el niño?

— Aquí, en la cuna ; dormido.

Susana se inclinó; besó el niño con ternura; recogió el saquito de las rosas y desapareció ligera como un pájaro.

XII.

EXPIACION.

Algunos dias despues de los sucesos referidos en el capítulo que precede, y una mañana muy temprano, una silla de posta, cubierta de polvo, entró en Cabañas,

cruzó la aldea y se detuvo delante de la puerta de la casa de Juan María.

Éste se hallaba en el patio echando unas gotas de agua sobre aquella descarada y enorme zarza, que hacía tantos años había brotado entre las junturas de las piedras que formaban la pared.

Tambien el reseda crecía sin vergüenza, moviendo sus matitas al compas de la brisa de la mañana.

Las lagartijas, que no son nada tontas, jugaban al escondite en esta última, pero dejaban á la zarza que se defendía de sus travesuras con sus largos pinchos, como se defiende un gato regañon y viejo con sus uñas de las molestas caricias de un niño.

Pero á las lagartijas no se les daba ni un ardite del mal genio de la zarza, porque el reseda les ofrecía un palacio lleno de verdor y de perfumes.

El bueno de Juan María se entretenía en mirar á los bichos subir y bajar á lo largo de la pared, y había algo de bello y de dulce en contemplar á aquel hombre, de cabellos blancos como la nieve, entretenido en tan pueril diversion.

El ruido del carruaje no pudo distraerle de ello, mejor dicho, Juan María no le oyó; pero cuando se detuvo delante de su puerta, volvió la cabeza asombrado, sin dejar el jarro que tenía en la mano, y cuya agua había echado á la zarza para ver si lo consolaba en su soledad y mal humor.

Su sorpresa creció de punto al ver bajar del carruaje á una elegante dama, vestida de camino.

Era una mujer de alta estatura y muy delgada: lle-

vaba un vestido de lana gris, una capa ligera de seda y un sombrero oscuro con un tupido velo de encaje, que le caía delante del rostro, pero que, no obstante lo complicado de los dibujos, dejaba ver los reflejos de dos grandes y brillantes ojos negros, aunque llenos de melancolía.

La dama se dirigió á Juan María, y sin alzar su velo, le preguntó con acento lleno de dulzura y deferencia:

— ¿Querria V. decirme, mi buen señor, si vive aún en esta casa el señor Pedro Carrasco?

— Sí, señora — respondió el anciano — vive aquí.

— Es V. su padre, ¿no es verdad?

— Para servir á Dios y á V., señora.

— Gracias, buen hombre: ¿podria ver al señor Pedro?

— Sí, señora, al momento: voy á llamarle; pero ¿quiere V. pasar? Está allá dentro.

— Sí, ahora entraré — respondió la dama, que pareció sobrecogida de una violenta agitacion; — pero ántes quisiera..... preguntar á V. otra cosa.

— Pregunte V., señora.

— ¿Tienen VV. aquí..... en su casa, á una jovencita de quince á diez y seis años, que se llama Susana?

— Sí, señora, y por cierto que la queremos como si fuera nuestra hija.

— ¿Está en casa?

— Sí, señora: ¿desca V. verla tambien?

— Tambien..... pero despues..... primero veré á su hijo de V., si me quiere llevar adonde está.

— Al momento, señora; y verá V. tambien á mi mu-

jer, que anda por la cocina: la chica estará por allá arriba y la llamaremos cuando V. quiera.

—Despues..... primero veré á su hijo de V. y á su esposa.

— Bien, señora: pase V. adelante.

Juan María cruzó el patio, y la incógnita le siguió, entrando un instante despues los dos en la cocina.

Joaquina andaba de acá para allá: la cuna del niño estaba colocada en un ladito, y en ella dormía su diminuto propietario, con un sueño tranquilo y apacible.

Pedro, sentado á alguna distancia, esperaba el desayuno que su madre disponía, mirando ora á ésta, ora á su hijo.

—Hijo—dijo Juan María—aquí hay una señora que desea verte, y á tí tambien, mujer.

—Buenos días, señora—repuso Joaquina, acercando una silla con aire obsequioso:—¿en qué podemos servir á usted?

—Tengo que hablar algunos minutos con su hijo de usted, buena mujer—dijo la incógnita aceptando el asiento;—y deseo que V. y su esposo oigan lo que voy á decir.

Detúvose, dicho esto, y pareció hacer un grande esfuerzo para dominar la emocion que la ahogaba.

Pasados algunos instantes prosiguió, mirando á Pedro:

—Hace cerca de diecisiete años que V., Pedro Carrasco, salvó de la vergüenza y arrebató á la justicia á una mujer culpable..... ¿no es cierto?

—A la verdad, señora, que ya no me acordaba de

tal cosa—respondió Pedro bajando la cabeza avergonzado.

—Lo creo—repuso la dama;—sólo los que hacen el bien por vanidad son los que se acuerdan de él..... Usted, Pedro, lo hace por natural inclinacion..... Pero prosigo lo que tengo que decirle..... Usted salvó á una mujer, á quien su padre, alcalde entónces de este pueblo, acababa de encerrar en la cárcel, acusada de robo..... ¡Esa mujer soy yo!

Y la dama alzó su velo, y mostró un rostro áun distinguido y hermoso, á pesar de llegar á los últimos límites del estío de la vida.

Era el recuerdo de una perfecta hermosura.

Al ver aquel semblante, la memoria de Juan María y de su esposa fué iluminada con un rayo de luz.

—¡Cómo!—exclamó el antiguo alcalde—¿es V., señora?

—¡Qué, hijo mio! ¿no escapó esta pobre mujer como todos creimos? ¿Fuiste tú quien la puso en libertad?

—Yo fuí—respondió Pedro mirando á su padre con el mismo respetuoso temor que le miraba á los diez años.

—Él fué—dijo á su vez la dama;—y aunque el huracan de mi destino me ha llevado muy léjos de estos lugares, y aunque ya han pasado muchos años desde aquel día, el nombre de Pedro Carrasco ha permanecido grabado en mi alma de un modo indeleble: él era entónces un niño..... ¡y ya supo perdonar y favorecer á una mujer á quien odiaba, porque era la causa de la muerte de su hermana!

—Dios nos manda perdonar—observó Joaquina con

acento grave y apacible—y no hizo más que cumplir con su deber de cristiano.

—No hay, sin embargo, muchos cristianos que perdonen, señora—repuso Enriqueta;—y ahora—añadió dirigiéndose á Pedro—voy á decir á V. el objeto de mi venida: tengo una hija, que Dios ha colocado bajo la santa tutela de sus honrados padres..... ¡Sea V. el marido de mi hija!

—¡Señora!—respondió Pedro—yo.....

—Yo he vivido siempre al lado de los hombres—continuó la cortesana con voz lenta y triste;—de todas las condiciones los he conocido: he tratado á algunos de elevada jerarquía, á otros de posición mediana, y muchos, tenidos por intachables, se han enamorado locamente de mí; pues bien, Pedro Carrasco, ¡V. es el hombre más honrado, más noble, más generoso que yo he conocido!

—¡Oh, eso sí!—exclamó Joaquina limpiándose el llanto de orgullo maternal que bañaba sus mejillas;—¡mi hijo es la flor y nata de los hombres de bien!

—Durante algunos años—prosiguió Enriqueta—he fiado mi hija á los cuidados de su padre..... Yo pensaba sólo en enriquecerme para ella..... y allá en el Nuevo Mundo lo conseguí..... Pero, de vuelta á España, indigné y supe que su padre la había traído aquí..... Escribí al párroco, y me ha informado de todo lo ocurrido: de la generosa adopción de VV., y de la cesión que de Susana les había hecho Lorenzo, para ir á entregarse de nuevo en los brazos de su fatal destino..... Pues bien, yo me vuelvo á marchar á países muy lejanos..... y antes he

venido á decirles:—Padre honrado y generoso, ejemplar y santa madre..... os robé una hija con mis artificios, y os cedo para siempre la mía..... Pedro Carrasco, mi noble libertador..... te quité la hermana que tanto querías, y vengo á ofrecerte una esposa..... Dios sabe lo que este sacrificio me cuesta..... porque al sentir de cerca el helado soplo de la ancianidad, la estrella de mi noche, y mi solo bien, debía ser mi hija!

—¡Es verdad! ¡pobre mujer!—murmuró Joaquina.— ¡Cuanto más vieja es una madre, más adora en sus hijos..... eso yo lo sé mejor que nadie!

—¡El sacrificio es muy doloroso!—repuso la cortesana;—pero le ofrezco á Dios en descargo de mis extravíos..... que Él me lo tome en cuenta..... Me voy sola..... enferma, á morir en tierra extranjera..... pero mi hija queda amparada y será dichosa, porque será lo que nunca pudo ser su desdichada madre..... ¡la esposa de un hombre de bien!

Detúvose Enriqueta: los sollozos la ahogaban, y era tan inmenso su dolor, que nadie se atrevió á consolarla.

Levantóse por fin, y con un movimiento rápido sacó de su bolsillo una abultada cartera: con ruboroso ademán quiso ofrecerla á Pedro y retiró la mano con espanto: luego miró á Juan María, y el ademán de presentársela fué aún más tímido; por último, se acercó á la cuna del niño, y la dejó sobre la almohadita, arrodillándose para ponerla allí, como si hiciese á un ángel la ofrenda de todos sus bienes.

La voz de Pedro la hizo levantarse estremeada: el

labrador dejó también su asiento, y dió dos pasos hácia ella, con el rostro alterado por un enojo doloroso.

—Señora—dijo—¿sabe V. quién es este niño?

—Sí—respondió la pobre mujer—es su hijo de V..... y ha perdido á su madre..... pero ¿no debe ser el hijo de Susana? ¡Acepte V., para él, la dote de su madre adoptiva!

—Si me caso con Susana será sin dote—respondió Pedro;—y á ese dinero, que representa tantos dolores y tanta infamia, no podemos tocar ninguno de nosotros: vuelva V. á guardar eso, y V., madre mia, llame á Susana.

La anciana salió, y Pedro prosiguió severamente, en tanto que Enriqueta volvía á tomar la cartera con mano trémula de pena y de vergüenza:

—Señora, no quiero que sepa Susana que es V. su madre: no se dé á conocer como tal.

—¡Jamás he pensado en hacerlo, Pedro!—respondió la cortesana, alzando su rostro bañado en llanto:—es una expiación que yo me había impuesto..... cruel..... dolorosa..... pero justa..... ¡Susana no tiene madre!

—Silencio—dijo Pedro con autoridad;—aquí viene.

Enriqueta volvió á dejar caer el tupido velo delante de su rostro y reprimió su llanto: toda su alma se trasladó á sus ojos para mirar á su hija, y al ver su pura y hechicera belleza, no pudo contener un grito de admiración.

La jóven había dejado su ridículo traje de señorita de aldea y vestía de labradora: estaba aún sin peinar, y sus largas trenzas rubias se extendían por su espalda como dos gruesas cadenas de oro.

Tendió sus hermosos ojos por la cocina y los fijó asombrada en la extranjera, que hacía esfuerzos sobrehumanos para no lanzarse á abrazarla.

—Susana—dijo Pedro tomándola de la mano—acércate, y oye: luego te dirá esta señora quién es: ¿dónde tienes tu saquito de las rosas?

—Allí—respondió la jóven señalando á un banco de ladrillo que se veía bajo la ventana;—esta mañana salí al alba y traje algunas que deshojé.

—Allí está también el mio—dijo Pedro;—tiene pocas hojas para el almohadon del niño, y no puedo echar más, porque ya se han acabado..... ¿Quieres añadir las tuyas, y el almohadon quedará hecho?

—No me gusta eso—respondió la jovencita enseñando sus menudos dientes con una sonrisa—y si lo hago es por dos cosas; porque el niño lo tenga ántes, y porque te das por vencido.

—Sí, has conservado alguna rosas, y las mias se han acabado; pero escucha aún: las rosas que yo guardo deshojadas las planté y cuidé para la pobre Marta..... sólo ella las cortaba..... reuniéndolas ahora á las tuyas para mi hijo, te digo que te quiero tanto como á ella la quise..... ¿Me quieres tú lo bastante para casarte conmigo, Susana? ¿Me quieres lo bastante para ser la madre de mi hijo?

—¡Sí!—respondió Susana sin vacilacion y con voz firme.—¡Te quiero, Pedro, como quise á tu hermano, y aún más..... sí, más que á él!

—Vengan las rosas—dijo Pedro, en cuyo rostro se reflejaba una alegría grave.

—Y aquí está la funda—observó la abuela sacando de una alhacena un saquito de tafetan rosa;—yo también he de tener mi parte en el almohadon: ayer lo cosí.

Pedro tomó el saquito de sus rosas deshojadas y las echó en el de seda; luego tomó el de Susana, y el almohadon quedó hecho: la abuela sacó, como por encanto, una aguja enhebrada con seda color de rosa, y lo cerró con algunas puntadas.

Pedro levantó suavemente la cabeza de su hijo, sacó la almohada que tenía y la arrojó al fuego: Susana puso en su lugar el nuevo almohadon.

—¿Por qué tiras ése?—preguntó la joven.

—Porque está manchado—respondió severamente Pedro mirando á la cartera, que aún tenía la dama entre sus manos:—en adelante, ése y no otro será el almohadon de todos mis hijos, porque lo han hecho las manos de sus padres y las de su abuela: ahora, señora, abraza usted á Susana en nombre de su madre.

La pobre mujer se aprovechó con ánsia del permiso y abrazó con frenesí á la joven.

—¡Cómo, señora!—exclamó Susana—V. conoce á mi madre? ¿vive aún? ¿dónde está? ¡Mi padre decía que había muerto!

—Y decía la verdad, hija mía—respondió la dama;—ha muerto, y ántes de espirar me encargó que te viniese á abrazar en su nombre..... ya he cumplido su más ardiente deseo..... Ahora, adios..... y sé honrada para que seas dichosa..... ama y respeta á tu marido como él merece, pues es el mejor de los hombres..... ¡Adios..... adios, y reza alguna vez por tu madre!

La desgraciada se lanzó á la puerta con paso vacilante; pero desde ella volvió y abrazó de nuevo á Susana, con desesperada ternura.

Arrancóse, por fin, de sus brazos; subió al carruaje y partió; pero la honrada familia la vió tender hácia ella los brazos desde las ventanillas del coche, con un ademán de supremo dolor y de eterna despedida.

XIII.

EL ALMOHADON DE ROSAS.

Un mes despues Pedro casó con Susana.

Su regalo de boda fué la gargantilla de Celeste, que también habia dado á Marta, pero que ésta jamas quiso ponerse, porque no le gustaba el contraste que hacía con sus cabellos oscuros.

Susana, que era rubia, halló que le estaba muy bien, y aquella prenda de la víctima, llevada por la hija del verdugo, dijo á todos los cristianos hasta qué extremo sabia perdonar la familia de Carrasco.

Pedro probó una dicha, de la que jamas habia tenido idea: habia en Susana algo de espiritual y delicado que habia heredado de su madre, y que fué labrando la dura naturaleza de Pedro.

Nadie como él podia apreciar todo lo que era bello, las nobles prendas de su mujer, y esos mil nada de la